

ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerte, me dijo: «Abindarraez, á mí se me sale el alma en apartándome de ti, y porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio desto, llegada á Coín, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, ó por indisposicion suya (que va deseo) yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían; que todo lo demás muchos dias ha que se es tuyo. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometia.»

«Ellos se partieron otro dia, yo quedé como quien caminando por unas fragosas y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé á sentir su ausencia asperamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solia poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormia, el jardin do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representacion de mi fatiga. Verdad es que la esperanza, que me dió de llamarme, me sostenia, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces, de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgara que me dejara del todo desesperado; porque la desesperacion fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo.»

«Quiso mi ventura, que esta mañana mi señora me cumplió su palabra; enviándome a llamar con una criada suya, de quien ella se fiaba; porque su padre era

partido para Granada, llamado del rey para volver luego. Yo, resucitado con esta buena nueva, apercíbime; y dejando venir la noche por salir mas secreto, puseme en el habito que me encontrastes, por mostrar á mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no crevera yo que bastaran cien caballeros juntos á tenerme campo, porque traia mi señora conmigo; y si tú me venciste, no fue por esfuerzo (que no es posible); sino porque mi corta suerte, ó la determinacion del cielo quisieron atajarme tanto bien. Asi que, considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama á Coín, breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho), el mas ufano Abencerraje que nunca se vio: iba llamado de mi señora á ver á mi señora, á gozar de mi señora y á casarme con mi señora. Veome ahora herido, cautivo y vencido, y lo que mas siento que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame pues, cristiano, consolar entre mis suspiros, y no lo juzgues á flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener animo para sufrir tan riguroso trance.»

Rodrigo de Narvaez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro; y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podia dañar mas que la dilacion, le dijo: «Abindarraez, quiero que veas que puede mas mi virtud que tu ruin fortuna: si tú me prometes como caballero de volver á mi prision dentro de tercero dia, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaria de atajarte tan buena empresa.» El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus piés y le dijo: «Rodrigo de Narvaez, si vos esto haceis, habreis hecho la

mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y á mi me dareis la vida; y para lo que pedis, tomad de mí la seguridad que quisiéredes que yo lo cumplire.» El alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo: «señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate:» ellos dijeron que ordenase á su voluntad; y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo: «vos prometisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero día?» El le dijo: «sí prometo. —Pues id con la buenaventura, y si por vuestro negocio teneis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, también se hará.» Y diciendo que se lo agradecía, se fué camino de Coin á mucha priesa.»

Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron á Alora, hablando en la valentia y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coin. Yéndose derecho á la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella habia, y deteniéndose allí, comenzó á reconocer el campo; por ver si habia algo de qué guardarse, y viendo que estaba seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le habia dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo: «¿en qué os habeis detenido, señor mio, que tardanza nos ha puesto en gran confusión? Mi señora ha rato que os espera: apeaos, y subireis donde está.» El se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo mas paso que pudo, por no ser sentido

de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella, que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recibir; ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo: «¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto?—Mi señora, dijo él, vos sabeis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.» Ella le tomó por la mano, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo: «he querido, Abindarraez, que veais en cuál manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque, desde el dia que os la di por prenda de mi corazon, he buscado aparejos para quitárosla: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto segun entiendo, será muy contra su voluntad; que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor, y esperiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido mas rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo;» y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto.

El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacia, la dijo: «señora mia, en pago de tanto bien como me habeis; ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal de que os re-

cibo por mi señora y esposa;» y llamando á la dueña se desposaron. Y siendo desposados ~~se desposaron~~ ~~tracaron todo~~ con la nueva esperiencia encendieron mas el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son mas para contemplacion que para escritura. Tras esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse dél dió un suspiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo: «qué es esto, Abindarraez? Parece que te has entristecido con mi alegría; yo te oigo suspirar revolviendo el cuerpo á todas partes, pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decias, ¿por quién suspiras? Y si no lo soy ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves á otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que ó yo moriré ó te libraré dél.» El Abencerraje, corrido de lo que habia hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasion de gran sospecha, con un apasionado suspiro dijo: «señora mia, si yo no os quisiera mas que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traia, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora, que me obliga á apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle; y así entenderéis que mis suspiros se causan mas de sobra de lealtad que de falta della; y porque no esteis mas suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.» Luego le contó todo lo que habia sucedido; y al cabo la dijo: «de suerte, señora,

que vuestro cautivo lo es tambien del alcaide de Alora; yo no siento la pena de la prision, que vos enseñasteis mi corazon á sufrir; mas vivis sin vos tendria por la misma muerte.» La dama con buen semblante le dijo: «no te congojes, Abindarraez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo, porque á mi me cumple mas; yo digo asi, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prision, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisieredes, que yo tengo las llaves de la riqueza de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: envid de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narvaez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora á usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniendos en su poder ha de hacer lo mismo.» El Abencerraje la respondió: «bien parece, señora mia, que lo mucho que me quereis no os deja que me aconsejéis bien: por cierto no caeré yo en tan gran yerro; porque, si cuando venia á verme con vos, que iba por mi solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligacion. Yo volveré á Alora y me poned en las manos del alcaide della, y tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.— Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa.» El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: siempre vais, señora mia, acrecentándome las mer-

cedes; hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo.»

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante hablando de diversas cosas, toparon un hombre viejo; la dama le preguntó dónde iba, él la dijo: «voy á Alora á negocios que tengo con el alcaide della, que es el mas honrado y virtuoso caballero que yo jamás ví.» Jarifa se holgó mucho de oír esto, pareciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que tan necesitados estaban della. Y volviendo al caminante, le dijo: «decid, hermano, ¿sabeis vos dese caballero alguna cosa que haya hecho notable?—Muchas sé. dijo él, mas contaré una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero ¡fué primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas, que son largas de contar; y aunque ella conocia el valor deste caballero, amaba á su marido tanto, que hacia poco caso dél. Aconteció así, que un dia de verano, acabando de comer, ella y su marido se bajaron á una huerta que tenian dentro de casa, y él llevaba un gavilán en la mano, y lanzándole á unos pájaros, ellos huyeron, y fuéronse á acoger á una zarza; y el gavilán como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos dellos. El caballero le cebó volvió á la dama, y la dijo: «qué os parece, señora, de la astucia con que el gavilán encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber, que cuando el alcaide de Alora escaramuza con los moros,

« así los sigue, y así los mata. » Ella fingiendo no le conocer, le preguntó quién era? Es el mas valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy ví; y comenzó hablar dél muy altamente, tanto que á la dama le vino un cierto arrepentimiento, y dijo: « ¡pues cómo, los hombres están enamorados deste caballero, y que no lo esté yo dél, estándolo él de mí! Por cierto yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho. » Otro día adelante se ofreció que el marido fué fuera de la ciudad, y no pudiendo la dama sufrirse en sí, envióle á llamar con una criada suya. Rodrigo de Narvaez estuvo en poco de tornarse loco de placer aunque no dió crédito á ello, acordándose de la aspereza con que siempre le habia tratado; mas con todo eso, á la hora concertada, muy á recaudo, fué á ver la dama que le estaba esperando en un lugar secreto; y allí ella echó de ver el yerro que habia hecho, y la vergüenza que pasaba en requerir á aquel de quien tanto tiempo habia sido requerida. Pensaba tambien en la fama que descubre todas las cosas; temia la inconstancia de los hombres, y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon para vencerla mas, y pasando por todos ellos le recibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras; y en fin dellas le dijo: señor Rodrigo de Narvaez, yo soy vuestra de aquí adelante; sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcais á mí; que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas ó verdaderas, os aprovechan poco conmigo; mas agradecedlo á mi marido, que tales cosas me dijo de vos, que me han

puesto en el estado que agora estoy.» Tras esto le contó cuanto con su marido habia pasado, y al cabo le dijo: «y cierto, señor, vos debeis á mi marido mas que él á vos.» Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narvaez, que le causaron confusion y arrepentimiento del mal que hacia á quien dél decia tantos bienes; y apartándose afuera, dijo; «por cierto, señora, yo os quiero mucho, y os querré de aquí adelante; mas nunca Dios quiera que á hombre, que tan aficionadamente ha hablado de mí, haga yo tan cruel daño; antes de hoy mas he de procurar la honra de vuestro marido, como la mia propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo:» y sin aguardar mas, se volvió por donde habia venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, á mi parecer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.»

El Abencerraje y su dama quedaron animados del cuento; y alabándole mucho, él dijo, que nunca mayor virtud habia visto de hombre. Ella respondió: «por Dios, señor, yo no quisiera servir tan virtuoso; mas él debia estar poco enamorado. pues tan presto salió afuera, y pudo mas con él la honra del marido, que la hermosura de la mujer:» y sobre esto dijo otras muy ligeras palabras. Luego llegaron á la fortaleza, y llamando á la puerta, fué abierta por los guardas, que ya tenian noticia de lo pasado; y yendo un hombre corriendo á llamar al alcaide, le dijo: señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama. «Al alcaide le dió el corazon lo que podia ser, y bajó abajo. «El Abencerraje, tomando á su esposa de la mano, se fué á él,

y le dijo: «Rodrigo de Narvaez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometi traer un preso, y te traigo dos, que el uno basta para vencer otros muchos; ves aqui mi señora; juzga si he padecido con justa causa; recibenos por tuyos, que yo fio mí señora y mi honra de ti.» Rodrigo de Narvaez holgó mucho de verlos; y dijo á la dama: «yo no sé cual de vosotros debe mas al otro, mas yo debo mucho á los dos. Entrad y reposareis en esta vuestra easa, y tenedla de aqui adelante por tal, pues lo es su dueño.» Y con esto se fueron á un aposento que les estaba aparejado, y de ahí á poco comieron, porque venian cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje: «señor, ¿qué tal venis de las heridas?—Páreceme, señor, que con el camino las traigo enconadas, y con algun dolor.» La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo: «¿que es esto, señor? ¿heridas teneis vos de que yo no sepa?—Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas: y el camino y no haberme curado me habrán hecho algun daño.—Bien será, dijo el alcaide, que os acosteis, y verná un zurujano que hay en el castillo.» Luego la hermosa Jarifa le comenzó á desnudar con grande alteracion, y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con ungüentos que le puso le quitó el dolor; y de ahí á tres dias estuvo sano.

Un dia acacció que acabando de comer el Abencerraje, dijo estas palabras: «Rodrigo de Narvaez, segun eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás: yo tengo esperanza que este negocio,

que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hub^e dicho es mi señora y mi esposa; no quiso quedar eⁿ Coin, de miedo de haber ofendido á su padre; todavía se teme deste caso; bien sé que por virtud te am^a el rey, aunque eres cristiano; suplicote alcances dé^l que nos perdone su padre, por haber hecho esto sin que él lo pusiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.» El alcaide les dijo: «consolaos, que yo os prometo de hacer en alto cuanto pudiere, y tomando tinta y papel escribió una carta al rey, que decia así:

*Carta de Rodrigo de Narvaez, alcaide de Alora,
para el rey de Granada.*

«Muy alto y muy poderoso rey de Granada: Rodrigo de Narvaez, alcaide de Alora, tu servidor, beso tus reales manos y digo así: que el Abencerraje Abindarraez el mozo, nació en Granada, y se crió en Cartama en poder del alcaide della, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija; despues tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste á Coin; los enamorados se desposaron entre sí, y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo á su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero; y contándome su caso, apiadándome dél le hice libre por dos dias. El se fué á ver con su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga. Viendo ella que el Abencerraje volvía á mi prision, se vino

con él, y así están agora los dos en mi poder. Suplico que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio delló viven. Suplico á tu real Alteza, que el remedio de estos tristes se reparta entre tí y mí: yo les perdonaré el rescate y los soltaré graciosamente; solo harás tú que el padre della los perdone y reciba en su gracia; y en esto cumplirás con tu grandeza; y harás lo que della siempre esperé.»

Escrita la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el rey se la dió: el cual, sabiendo cuya era, se holgó mucho, que á este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó, volvió el rostro al alcaide de Coin, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo: «lee esta carta, que es del alcaide de Alora:» y leyéndola recibió grande alteracion. El rey le dijo: «no te congojes, aunque tengas por qué; sabete que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Alora que yo no lo haga; y así te mando que vayas luego á Alora y te veas con él, y perdones tus hijos, y los llesves á tu casa, que en pago deste servicio, á ellos y á tí haré siempre merced.» El moro lo sintió en el alma; mas viendo que no podia pasar el mandato del rey, volvió de buen continente, y dijo que así lo haria como su Alteza lo mandaba; y luego se partió á Alora, donde ya sabian del escudero todo lo que habia pasado, y fué de todos recibido con mucho regocijo y alegría.

El Abencerraje y su hija parecieron ante él con harta vergüenza, y le besaron las manos. El los recibió muy bien, y les dijo: «no se trata aqui de cosas

pasadas; yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogisteis mejor marido que yo os pudiera dar.» El alcaide todos aquellos días les hacia muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo: «yo tengo en tanto haber sido parte para que este negocio haya venido á tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer mas contento; y así digo, que solo la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prision. De hoy mas, vos, señor Abindarraez, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisiéredes.» Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacia, y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coin gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habian deseado, el padre les dijo:» hijos, agora, que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostreis el agradecimiento que á Rodrigo de Narvaez se debe por la buena obra que os hizo; que por haber usado con vosotros de tantas gentileza no ha de perder su rescate, antes le merece muy mayor; yo os quiero dar seis mil doblas zahenes; enviádselas, y tenedle de aqui adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes.» Abindarraez le besó las manos; y tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro adargas, las envió al alcaide de Alora, y le escribió así:

Carta del Abencerraje Abindarraez al alcaide de Alora.

«Si piensas, Rodrigo de Narvaez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mio me dejaste libre, engañaste; que cuando libertastes mi cuerpo prendiste mi corazon. Las buenas obras prisiones son de los nobles corazones; y si tú por alcanzar honra y fama acostumbras hacer bien á los que podrias destruir, yo por parecer á aquellos donde vengo, y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes, antes coger y meter en mis venas toda la que dellos se vertió, estoy obligado á agradecerlo y servirlo: recibirás en ese breve presente la voluntad de quien le envia, que es muy grande, y de mi Jarifa otra tan limpia y leal, que me contento yo della.»

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente, y recibiendo dél los caballos, lanzas y adargas, escribió á Jarifa así:

Carta del alcaide de Alora á la hermosa Jarifa.

«Hermosa Jarifa: no ha querido Abindarraez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prision, que consiste en perdonar y hacer bien; y como á mi en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa ni tan digna de capitan español, quisiera gozarla toda y labrar della una estatua para mi prosperidad y descendencia. Los caballos y armas recibo yo, para ayudarle á defender de sus enemigos; y si en euviar-

EL

TRIUNFO DEL AVE MARIA.

EL

D. Manuel Fernandez y Gonzalez.



Apenas el sol habia desvanecido las nieblas de la noche, y sus rayos, tibios aun, se tendian sobre Santafé, cuando un confuso rumor de pasos acelerados, de armas que se chocaban, y de gentes que subian á toda prisa las escaleras que conducian á los adarves, se dejó oir por la parte que mira á Granada.

Los reyes Católicos, el príncipe don Juan, sus hermanas las infantas doña Juana, y doña Isabel de Portugal, Fray Hernando de Talavera, Pulgar, Córdoba, Tendilla, Aguilar y cien nobles caballeros, rodeados de lanzas y ceñudos los semblantes, miraban al campo donde un moro ante ellos, se ostentaba acompañado de diez almoravides y un trompeta armados, ginete en un poderoso caballo negro encubertado de guerra, y afianzada la lanza, en cuyo hierro se veia

pendiente el cartel de *Ave Maria*, que Pulgar, con tamaño valor había fijado en las puertas de alambre de la mezquita.

Era el arrayaz A'bd Allah Ebn-Tarfe, uno de los mas experimentados y feroces caudillos de Granada, que rugiendo de cólera había arrancado de sobre las puertas de la mezquita el cartel, y sin tomar mas tiempo que el necesario para ceñirse el arnés y saltar á caballo, se había lanzado tras las huellas de Pulgar y sus quince escuderos.

Llamas arrojaban las miradas del valiente moro, su roja sobrevesta parecia pedir sangre, y sus mejillas pálidas, eran la clara muestra de la cólera que agitaba sordamente su alma.

El ronco son de su trompeta había llamado á los adarves á los príncipes y al ejército cristiano, que se maravillaban de que un infiel se presentase con tamaño atravimiento ante ellos á un tiro de pica de distancia de sus reales.

Y Tarfe los miraba como mira el toro á la multitud que le provoca desde la valla, y su cólera era cada vez mas convulsiva, y su mano agitaba el cartel del *Ave Maria*, blandiendo, hasta hacerla crugir en el aire, su fuerte pica de dos hierros.

Mas cuando vió cubiertas de cristianos las almenas, paseó la sombría mirada sobre ellos, reconociendo á cada uno de los capitanes á quienes había visto el semblante entre el polvo de las batallas, y cuando encontró competidores dignos, hizo una seña al trompetero.

Por tres veces el son de la sonora trompeta rasgó el espacio, y rebotando en la cercana Geb-el-Beira,

fué repetido á lo lejos y en redondo por los ecos de las montañas.

Aquel sonido de atención fué contestado de igual manera por las trompetas del real.

Los reyes Católicos, los príncipes, los capitanes y los soldados; Castilla, en fin, y Aragon escuchaban.

Tarfe se alzó en los estribos, miró al adarve con fiereza y su voz poderosa se tendió en el espacio.

—¡Perros traidores, dijo, vosotros los que entráis como el buho en nuestra ciudad, amparados de la niebla, para dejar en ella el nombre de vuestros ídolos, ¡yo soy Tarfe! ¡yo el que ha arrancado de la mezquita el nombre de *María*, y le arrastro delante de vosotros sobre el polvo de vuestros reales!

¡Salid, canes labradores; salid uno á uno, dos á dos, ciento á ciento!

¡Salid, Tarfe os espera!

¡Mi lanza os conoce, villanos, y mi espada aun tiene en su filo la señal de vuestra sangre!

Calló el moro esperando la respuesta; pero ni una voz, ni un movimiento, salieron de entre los cristianos que parecian estátuas de hierro.

Irritóse Tarfe, hizo brotar su corcél, le lanzó hasta mediar la distancia que le separaba del muro y gritó con doble furor.

—Y si no bastan las afrentas que habeis oído, para que salgais al campo, mirad, castellanos, donde pongo el nombre de *María*; y si alguno peón ó caballero, infante ó rey, de ello ha enojo, á esperarle voy en la Vega hasta que el sol trasponga las montañas de Loja.

Y esto diciendo, puso el cartel del *Ave María* en la cinta que enrollaba la cola de su caballo, revolvió el freno, y seguido de los suyos se alejó lentamente de los reales, hasta llegar á la espesura donde Zarumal habia dado la carta de la sultana á don Juan Chacon; descendió del caballo, despidió á los almorayides y al trompetero, y se reclinó sobre el cesped en la sombra, tendida á mano la pica y ceñido el tabarte de la adarga.

En tanto, en silencio, se hundieron como sombras tras las almenas del real de Santafé, reyes é infantes, damás y caballeros.

Ni una sola palabra se cruzó entre aquel ejército de valientes; el reto habia sido hecho con sobrada insolencia para que se departiese sobre él; todos los semblantes estaban sañudos; todos los corazones ardiendo; cada una de aquellas espadas estaba mal contenida en su vaina.

PERO LO QUE FALTABA EN PALABRAS SOBRADA EN ACTIVIDAD; DE LAS ALMENAS SE PASÓ A LAS TIENDAS, DE LA VESTIMENTA DE PAZ AL ARNÉS DE GUERRA.

Y entre aquellos viejos guerreros endurecidos con las fatigas de los combates, un mancebo imberbe, hermoso como una dama, de mirada severa y centellante como un leon, atravesó en paso apresurado la larga distancia del real y entró en una tienda aislada.

—Pronto, Nuño, dijo á un soldado viejo que esperaba impaciente á la puerta; mi arnés, mi lanza y mi caballo; pronto, porque los capitanes del real se arman á porfia, y no tardarán mucho cien buenas espadas en demandar licencia á sus Altezas, para res-

catar la Santa *Ave María* de las manos de ese perro infiel. Y así era; apenas don Fernando y doña Isabel habían entrado en sus tiendas, visiblemente alterados por el reto de Tarfe, cuando un tropel de capitanes, de caballeros, alfereces y demás cabos de los tercios, entraron armados hasta los dientes, pasando casi por cima de los *continuos*, y demandaron á una, licencia para ir á medirse con el moro.

Cada cual alegó su derecho, y con tan buenas razones, que siendo todos pares en valor y merecimientos, los reyes Católicos reunieron su consejo para elegir el campeón que debía llevar á cabo tan importante empresa.

Mientras esto acaecía, el hermoso mancebo se había cubierto de un arnés de finísimo temple; había embrazado una adarga de Fez, ganada por sus ascendientes á los moros en aquella misma Vega de Granada, y ginete en un fogoso potro cordobés, blandiendo una lanza de fresno de peso y longitud admirable, se lanzó á la carrera á través de la puerta cercana, sorprendiendo al atalaya, dió la vuelta al real y se lanzó en la Vega al escape de su corcel de guerra.

Pronto, muy pronto, desapareció entre una nube de polvo á pesar de los gritos de la guarda del real, y llegó á la arboleda donde esperaba Tarfe.

El mancebo caló su visera, arremetió con el caballo entre la espesura, y llegó á un claro del bosque, donde con el descuido de los valientes, á los piés de su caballo, dormía Tarfe sobre el blando cespéd.

Latió con doble impaciencia el corazón del mozo